La Comédiathèque

Los Turistas

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.

Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada, se debe obtener la autorización de la SACD:

www.sacd.fr

Los Turistas

Jean-Pierre Martinez

Dos turistas llegan a la villa que han alquilado para las vacaciones en un país del Magreb, en oferta después de su reciente revolución. Pero la casa ya está ocupada por otra pareja...

Personajes

Mauricio

Diana

Pepe

Carmen

Acto 1

La terraza de una villa en algún lugar del norte de África. Una mesa de jardín. Algunas sillas. Dos tumbonas. Mauricio y Diana, una pareja de burgués madrileños, llegan, agotados. Mauricio lleva una maleta con ruedas Vuitton.

Diana – ¡Por fin! ¡Veinte minutos del aeropuerto, vaya!

Mauricio – En helicóptero, tal vez...

Diana – Te dije que deberíamos haber tomado un taxi!

Mauricio – Reconoce que era bastante pintoresco...

Diana – ¿Pintoresco? ¿Viajar apretados con toda esa gente en ese furgón de ganado que aquí llaman un autobús? Siento como si todavía oliera a cabra...

Mauricio – Yo no huelo nada.

Diana – Dos horas para llegar aquí...

Mauricio deja la maleta y admira el paisaje.

Mauricio – ¡Hemos llegado, eso es lo principal! Y la vista es magnífica. ¡Mira!

Diana mira a su vez y esboza una sonrisa, antes de fruncir el ceño de nuevo.

Diana – ¿Dónde está el mar? En el sitio web decía terraza con vista al mar.

Mauricio busca desesperadamente, y finalmente encuentra.

Mauricio – Ah, sí, allí...

Diana – No veo nada... ¿Dónde?

Mauricio – ¡Pero sí! Totalmente a la izquierda. Entre los dos camellos...

Diana – Ah, sí... Inclinándome un poco, con buenos prismáticos...

Mauricio (con un gesto tierno) – Vamos... Lo importante es que estamos aquí... Juntos... Para nuestra segunda luna de miel...

Diana (*suavizándose*) – Tienes razón... Diez años de matrimonio, ¿te das cuenta? Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿lo harías?

Mauricio – ¡Con los ojos cerrados!

Diana $- \lambda Y$ con los ojos abiertos?

Mauricio – Ya verás, estoy seguro de que estaremos muy bien aquí... De todos modos, será siempre más cómodo que la terminal de bajo costo del aeropuerto de Madrid...

Diana – Once horas de retraso... Alimentados con bocadillos podridos. Es realmente un robo. Te dan una intoxicación alimentaria antes de embarcar, y en el avión incluso las bolsas de papel para vomitar son de pago adicional.

Mauricio – Al menos, así, ya estamos vacunados contra la turista...

Diana – Y pensar que tuvimos que meter todas nuestras cosas en una sola maleta para evitar pagar un equipaje extra...

Mauricio – ¡Viajamos más ligeros! Estoy seguro de que, de otra manera, habríamos llevado un montón de cosas inútiles.

Diana – Que sepas que una mujer nunca lleva nada inútil en su equipaje. Confundes lo inútil con lo superfluo, que es absolutamente indispensable para la felicidad de cualquier mujer. Especialmente durante las vacaciones.

Mauricio – Y las Seychelles, con Iberia y en un hotel club, sinceramente... ¿No es un poco cliché?

Diana – ¡Es donde pasamos nuestra primera luna de miel!

Mauricio – ¡Precisamente! En aquella época, las Seychelles todavía eran una aventura. Ahora, está tan pasado de moda...

Diana – Para nuestro aniversario de bodas, no me habría importado hacer algo convencional.

Mauricio – Y al menos aquí apoyamos los movimientos de liberación en el Magreb... ¿Has visto todos esos carteles electorales floreciendo por todas partes? ¿Ese viento de democracia que sopla en el país?

Diana – Sí, bueno... Pasar las vacaciones en una villa con piscina para reactivar el turismo después de la revolución... Espero que no te creas Che Guevara, ¿eh?

Mauricio – Aun así, si todos optaran por unas vacaciones solidarias...

Diana – ¿Las Seychelles no son una democracia?

Mauricio – Ni siquiera sé si realmente es un país...

Diana – ¿Entonces a quién pertenecería?

Mauricio – A un tour-operador, tal vez.

Echan un vistazo a su alrededor.

Diana – Bueno... ¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que llegue alguien?

Mauricio – Está abierto, mira.

Diana – Pensaba que el propietario estaría aquí en la terraza para recibirnos, con un traje folclórico, sentado en una alfombra oriental, con té a la menta... ¿Dónde quedó el legendario sentido de la hospitalidad en los países árabes? Te digo, la revolución no ha traído solo cosas buenas. Las viejas costumbres se pierden...

Mauricio – Al menos eso demuestra que no hay problema de seguridad. En Madrid, si dejáramos nuestra puerta abierta así... Ni siquiera encontraríamos la puerta...

Diana – Vamos a ver cómo es por dentro... Solo sueño con una cosa, tomar una ducha y cambiarme de ropa...

Mauricio – Yo también.

Entran en la casa tirando. Enseguida, llega otra pareja a la terraza, más bien vulgar. Pepe lleva puesto un pantalón corto y una camiseta publicitaria. Carmen, sexy tirando a vulgar, lleva un pareo bastante llamativo. Pepe lleva un parasol plegado y una radio, y Carmen una nevera portátil.

Pepe – Menos mal que trajimos el parasol y la nevera, porque pega fuerte al lado de la piscina... Me vendría bien un trago. ¿No tienes sed, Cariño?

Carmen – Me bebería el mar y sus peces... (Se instalan en las tumbonas, y Carmen alarga la mano hacia la nevera que ha puesto a su lado) ¿Qué quieres, Pepe?

Pepe – Una cervecita, eso me vendrá bien...

Ella le pasa una lata y se sirve una Coca Light.

Carmen – Es la última, habrá que comprar más.

Pepe – ¿Ya?

Carmen – ¿Cuántas te has tomado desde esta mañana?

Pepe – Cuando se ama, no se cuenta... ¿Crees que aquí encontraremos cerveza?

Carmen – Cerveza sin alcohol, quizá.

Pepe – No, ¿en serio?

Carmen – Son musulmanes.

Pepe – Me pregunto si no hubiéramos hecho mejor en volver a la Costa Brava...

Carmen – La Costa Brava... Se ha vuelto muy pija, ¿no?

Pepe – En todo caso, se ha vuelto muy cara.

Carmen – ¿Tú crees?

Pepe – ¡Es aún más cara que en Grecia ahora!

Carmen – Sin hablar de la seguridad... El año pasado, nos forzaron la puerta del coche en una estación de servicio justo antes de llegar, y nos robaron todo el equipaje.

Pepe – Sí... Hacía un calor en la carretera... Yo salí de Madrid en pareo y tú en bermudas. Total, al llegar allí, no teníamos nada que ponernos.

Pepe – Eso sí que es quedarse en calzoncillos.

Carmen – Tuve que rehacerme el guardarropa allí mismo, ¿te acuerdas?

Pepe – Nuestro cuenta bancaria, en todo caso, sí se acuerda.

Carmen – No, la Costa Brava ya no es lo que era.

Pepe – Y la bienvenida, sinceramente, no siempre es la mejor, ¿no?

Carmen – Como siempre digo, Cataluña sería muy bien si no fuera por los catalanes.

Pepe – Ahora que se les ha metido en la cabeza ser independientes... Cuando vamos allí, nos reciben como invasores.

Carmen – Si les molestamos, que lo digan, iremos de vacaciones a otro lado.

Pepe – Es lo que estamos haciendo, ¿no?

Carmen – Bueno... Eso les enseñará a los catalanes.

Pepe – Cuando España era una dictadura, no había todos esos problemas.

Carmen – Espero que aquí, ahora que han derrocado a su dictador, siga siendo más o menos vivible para los turistas.

Pepe – La democracia no trae solo cosas buenas. Basta con ver cómo va en España...

Carmen – Es cierto que hasta ahora, no era muy fan del Magreb, pero hay que reconocer que a este precio...

Pepe – Y además aquí no son realmente árabes, ¿no?

Carmen – ¿Ah sí? ¿Y qué podrían ser?

Pepe – No sé... Beduinos...

Carmen – ¿Beduinos? (*Un momento*) ¿Y los beduinos no son árabes?

Pepe – No creo...

Beben un trago de sus latas, pensativos.

Carmen – Los beduinos, ¿no son los que viven en el desierto?

Pepe – No sé... ¿Por qué?

Carmen – ¡Pero aquí no estamos en el desierto! Estamos junto al mar.

Pepe – Los beduinos... ¿Esos que van en camellos, quieres decir? Esos son más bien los tuaregs, ¿no?

Carmen $- \xi Y$ los tuaregs tampoco son árabes?

Pepe – Vete a saber.

Carmen – Pero son musulmanes, ¿no?

Pepe – ¿Quiénes?

Carmen – ¡Los beduinos!

Pepe – Ah, pues sí... Creo...

Carmen – Entonces, ¿estamos en el desierto o no estamos en el desierto?

Pepe – Estamos en el desierto, pero junto al mar. Mira, hay un camello allá, en la playa.

Carmen (bostezando) – Todavía no me recupero del viaje.

Pepe – Solo llevamos una hora aquí.

Carmen – Debe ser el desfase horario.

Pepe – ¿El desfase horario? ¡Solo hay una hora de diferencia, nena! Y eso, solo en verano...

Carmen – Ya, pero cuando no estás acostumbrado...

Pepe – Es verdad que ya es mediodía, y ni siquiera tengo hambre... Bueno, mientras tanto, me echaría una siesta. ¿Qué te parece?

Carmen – ¡Vamos a molestarnos! ¡Estamos de vacaciones, no!

Empiezan a dormirse... Mauricio y Diana vuelven a la terraza, y no ven enseguida a Pepe y Carmen, dormidos en las tumbonas.

Mauricio – Entonces, ¿qué te parece? ¿No está mal, verdad?

Diana – Un poco rústico, pero servirá.

Mauricio – Si piensas que esta gente apenas se está recuperando de una dictadura de medio siglo...

Diana – ¿Por qué medio siglo? ¿Esto era una democracia hace cincuenta años?

Mauricio – Una monarquía, creo... ¿No?

Diana – ¿Y quién es ese candidato para estas primeras elecciones democráticas?

Mauricio – ¿Qué candidato?

Diana − ¿Porque hay varios?

Mauricio – Sí, claro...

Diana – No sé... ¡El que vemos por todas partes en los carteles!

Mauricio – Ah, el favorito... Es el exministro de justicia...

Diana – ¿El ministro de justicia del dictador que acaban de derrocar?

Mauricio – Eso he leído en la prensa, sí...

Diana -i, Y eso no te sorprendió?

Mauricio – ¿Qué?

Diana – ¡Que los dictadores también tengan un ministerio de justicia!

Mauricio – Tienes razón... En realidad, esta pobre gente nunca ha conocido la democracia. Evidentemente, les llevará un tiempo...

Diana – Claro... La democracia es como el buen vino, mejora con los años... Pero se necesita una cierta cultura para saber apreciarla en su justo valor.

Mauricio – Sí. Hay que educar el paladar.

Diana – Y el olfato. ¿Estás seguro de que no huelo un poco a cabra?

Mauricio – No más de lo habitual...

Ella le lanza una mirada sorprendida, sin saber muy bien si está bromeando o no.

Diana – Hace un calor... Tienes razón, al final, apoyar la revolución sin aire acondicionado, empieza a ser heroico.

Mauricio – De todos modos, ¿has visto? ¡Incluso han puesto bebidas frescas en la nevera! Tú que dudabas de su sentido de la hospitalidad...

Pepe emite entonces un ronquido. Mauricio y Diana, sorprendidos, finalmente ven a la otra pareja, todavía dormida en las tumbonas.

Diana − ¿Qué es esto?

Mauricio – Deben ser los propietarios...

Diana – No tienen pinta de árabes.

Mauricio – Quizá sean cabileños...

Diana – Parecen más bien un poco tontos.

Mauricio – ¿Hablan español?

Pepe y Carmen se despiertan un poco de su letargo, y miran a los otros dos con ojos grandes.

Diana − ¿Do you speak english?

Pepe y Carmen recuperan la compostura.

Pepe – Estábamos echando una cabezadita...

Mauricio – ¿Sois vosotros los dueños?

Pepe – ¿Los dueños…? No…

Diana – ¿Qué haces aquí, mi buen hombre, si no eres el propietario? ¿Has venido a cortar el césped?

Pepe – ¡Pues vivimos aquí!

Carmen – Bueno, para las vacaciones...

Mauricio – ¿Cómo? ¡Pero si nosotros hemos alquilado esta villa!

Pepe – Ah, nosotros también, os lo aseguro.

Mauricio – Ya entiendo... Estos señores son los inquilinos anteriores... Están a punto de irse, ¿no?

Carmen – ¡Para nada! Acabamos de llegar.

Pepe – Estamos aquí para una semana. ¿Y vosotros?

Mauricio – Nosotros también...

Diana – Pero, vamos, esto no es posible, Mauricio, haz algo...

Mauricio – Debe ser un malentendido. El propietario llegará y lo arreglará. ¿Lo habéis visto, al propietario?

Pepe – Pues no, ¿y vosotros?

Mauricio – Aún no.

Carmen – Llegamos hace una hora en taxi.

Diana – ¡Lo ves! Si hubiéramos tomado un taxi, habríamos llegado los primeros...

Pepe – Como estaba abierto, entramos.

Carmen – Ni siquiera hemos deshecho las maletas aún.

Diana – ¡Pues así, os iréis más rápido!

Pepe – Solo nos dio tiempo a darnos un chapuzón en la piscina, en bolas.

Carmen – No pensábamos que tendríamos compañía...

Diana (hablando de Pepe) – Su cara me suena...

Mauricio (avergonzado) – A mí también... Debimos verlos en el avión.

Diana – Tal vez sean okupas...

Mauricio – Bueno, voy a llamar al propietario. (*Mauricio saca su smartphone bajo la mirada atenta de los otros tres*) No hay cobertura...

Pepe – ¡No me sorprende, estamos en pleno desierto!

Carmen – Ya vendrá el dueño.

Pepe – Bueno... No ha muerto nadie, después de todo.

Carmen – ¡La casa es grande! (A Pepe) ¿Ves? Tú que tenías miedo de aburrirte solo conmigo. Ahora tienes un amigo...

Pepe – Normalmente, siempre nos vamos de vacaciones con amigos, pero esta vez no estaban disponibles...

Carmen – Murieron los dos en un accidente de coche hace dos meses...

Pepe – Nos dejó bastante tocados, claro.

Carmen – Llevábamos años pasando las vacaciones juntos.

Pepe – Tenían un apartamento en la Costa Brava.

Carmen – Nos invitaban todos los años en agosto.

Pepe – Tuvimos que buscar otra cosa urgentemente.

Carmen – En agosto, ya te puedes imaginar...

Pepe – Así que optamos por el Magreb.

Carmen – Como estaba en oferta...

Pepe – Al final, es un poco lo mismo que la Costa Brava, ¿no?

Carmen – En vez de comer paella, comeremos cuscús, y ya está.

Pepe – Cambias el arroz por sémola, al final, es lo mismo, ¿no? Y cuantos más seamos, mejor nos lo pasamos...

Carmen – Pues a nosotros, la compañía no nos molesta. ¿Verdad, Pepe?

Mauricio y Diana parecen aturdidos por esta cháchara.

Diana (aparte a Mauricio) – ¿Crees que deberíamos avisar a la policía? No me parecen muy de fiar...

Pepe $-\lambda Y$ si tomamos un aperitivo mientras tanto? Cariño, λPor qué no traes las aceitunas?

Carmen – Voy, mi amor.

Carmen entra en la villa.

Pepe – Ya no me quedan cervezas. Pero tenemos una botella de tinto y unas latas de Coca-Cola ¿Un calimocho, os apetece?

Diana − ¿Un qué?

Pepe – Con este calor, un calimocho bien fresquito...

Diana (aparte a Mauricio) – Esto es una pesadilla... No entiendo ni lo que me dice...

Mauricio – Es vino tinto con cola.

Diana – ¡Que horror!

Pepe sirve las bebidas. Carmen vuelve con las aceitunas.

Carmen – ¡Y aquí tienes algo para picar!

Pepe levanta su vaso.

Pepe – ¡Venga, a vuestra salud!

Carmen – Vamos, coged aceitunas...

Pepe – ¿Ya conocéis el país?

Diana – ¿Cómo han podido alquilar dos veces la misma villa?

Mauricio – Pues eso...

Diana – ¿Tenéis el contrato de alquiler?

Pepe – Ah, sí, aquí está... (*Le entrega el contrato de alquiler a Diana*) Señor y Señora Martín... Aquí lo pone...

Diana – ¡Señor y Señora Martín!

Pepe – Pero me puedes llamar Pepe...

Carmen – Y a mí, Carmen.

Mauricio – Tenemos el mismo apellido...

Pepe – ¿El qué…?

Diana – ¡Nosotros también nos llamamos Martín! Debe ser por la homonimia...

Carmen – Ah, ¿sí?

Pepe – Bueno, ¿sabéis lo que dicen? ¡Hay más de un burro que se llama Martín!

Diana – Nunca he oído ese dicho...

Pepe – Es lo que siempre me repetía mi profe en el colegio... Éramos dos con el mismo apellido en la clase. Pero el otro, ¡era un buen empollón, eh! Una cara de primero de la clase, ¿sabéis? Siempre con las mejores notas. No serías tú, ¿verdad? Te pareces un poco.

Mauricio – Ah, no lo creo...

Pepe – Eh, cariño, ¿verdad que se parece un poco a Momo? ¡Tú conociste a Momo!

Carmen – No...

Pepe – ¡Sí! ¡Mohamed!

Carmen – ¡Ah sí! Mohamed Martín.

Pepe – Prefería que le llamaran Momo, porque le daba un poco de vergüenza su nombre.

Carmen – Era un niño del orfanato, ¿sabéis? Pero como ya tenía tres años cuando fue adoptado, sus padres le dejaron su nombre original.

Pepe – Íbamos juntos al colegio, con Momo. ¡En el instituto Gagarin!

Carmen – De hecho, allí fue donde nos conocimos, ¿verdad, Pepe?

Pepe – ¡Gagarin! El profe siempre me decía: cuando pongamos a los idiotas en órbita, ¡no dejarás de girar!

Carmen – Tienes razón, Diana. Debe ser por esa homofobia...

Diana − ¿Perdón?

Carmen (a Mauricio) – ¡Martín! Debieron creer que mi marido y tú erais la misma pareja...

Pepe – Pues sí... Tenemos el mismo nombre... Quién sabe, tal vez somos primos.

Carmen – Mirad, la casa es grande. Y casi estamos en familia. ¿Por qué no pasamos las vacaciones juntos?

Diana − ¿Juntos?

Pepe – ¡Compartimos el alquiler!

Carmen – Y para la comida, hacemos un bote.

Pepe – Como con nuestros amigos.

Mauricio – ¿Vuestros amigos?

Carmen – ¡Los que murieron en el accidente!

Pepe – ¿Qué os parece?

Carmen – Ya es bastante barato... Así dividido por dos...

Pepe – A este precio, cuesta menos venir aquí que quedarse en casa viendo la tele, eso seguro.

Carmen – ¡Si al menos hubiera cosas buenas en la tele!

Diana (a Mauricio con ironía) – Pues ya está... Tú que querías ahorrar, lo has conseguido... Pero venga, di algo...

Mauricio – De momento, en cualquier caso, no hay otra solución...

Diana – Gracias, es exactamente lo que esperaba que dijeras... Pero no sé, debe haber hoteles por aquí, ¿no?

Pepe – Uy... No hay gran cosa, ¿eh? Por lo que vimos desde el taxi viniendo hasta aquí. Es todo desierto.

Carmen – Aparte de algunas tiendas de beduinos...

Pepe – Y la señorita, ¿cómo se llama?

Mauricio – Martín, ya os lo he dicho. Es mi esposa. Ambos nos llamamos Martín.

Diana (aparte a Mauricio) – Están retrasados, no puede ser...

Pepe – No, quiero decir tu nombre de pila.

Diana – Diana. Me llamo Diana.

Pepe – Vale... Y él entonces, es Mauricio. Mira, qué gracioso. Mauricio. ¡Momo! Como mi amigo del colegio. Pero bueno, él no era Mauricio, ¿eh?

Carmen – ¿Os pongo otro aperitivo?

Mauricio – No, gracias...

Pepe $- \lambda Y$ a qué te dedicas, Momo?

Mauricio – Eh, soy periodista...

Pepe – ¿El País? ¿La Vanguardia?

Mauricio – Revista internacional de Golf.

Pepe – Ah, vale... Gran reportero, entonces... (A Diana) ¿Y tú, guapa?

Diana – Soy pintora.

Carmen – ¿Pintora? Ah, no es muy común para una mujer.

Pepe (a Carmen) – Cariño, que querías reformar la cocina, deberías pedirle un presupuesto.

Diana – Eh... No, yo... No pinto cocinas...

Carmen – ¿Ah, no? ¿Y qué pintas entonces?

Diana – Vacas, principalmente.

Carmen - ¿Vacas?

Diana – Terneros también, a veces.

Mauricio – Mi mujer es artista pintora.

Diana – Pintora de animales.

Pepe – Ah, vale... ¿Y te especializaste en los bovinos?

Carmen – Pues no es muy afortunado, porque por aquí... Aparte de los camellos.

Diana – Estamos de vacaciones...

Carmen – Es gracioso. Nunca había conocido a una artista pintora. ¿Podrías hacer mi retrato?

Pepe – La señora te dice que solo pinta vacas...

Diana – ¿Y tú, Pepe?

Pepe – Estoy en el sector de los congelados.

Diana – Ah, vale... De ahí la camiseta, me imagino...

Mauricio – Y tú, Carmen, ¿a qué te dedicas?

Carmen – ¿Yo? Ahora mismo, trabajo en un salón de masajes.

Mauricio (*interesado*) – ¿Un salón de masajes...?

Pepe – Cariño... Ya te he dicho que el término correcto es fisioterapeuta...

Carmen – Salón de masajes es más sencillo, ¿no?

Pepe – Mi mujer es secretaria médica...

Carmen – Estoy segura de que encontraremos un montón de cosas en común.

Diana – Aparte de nuestro nombre, quieres decir...

Pepe – Bueno, cariño, ¿preparas la cena? Ya tengo hambre...

Carmen − ¿Van a cenar con nosotros?

Pepe – No sé si...

Diana – Todo esto se va a resolver muy rápido... No vamos a empezar a coger hábitos...

Carmen – No os preocupéis, yo me encargo de los platos...

Diana – De verdad, es muy amable, pero vamos a buscar un pequeño restaurante por aquí...

Mauricio – Es nuestro aniversario de bodas hoy...

Pepe – Ah, en ese caso... No vamos a ser una molestia, ¿verdad, Carmen? *Salen*.

Diana – ¿De verdad tenías que decirles que era nuestro aniversario de bodas?

Mauricio – Fue lo único que se me ocurrió para rechazar su invitación...

Diana – Te lo juro... Habríamos hecho mejor yendo a las Seychelles... A preparar la próxima revolución...

Mauricio intenta llamar por teléfono otra vez.

Mauricio – Sigue sin haber señal...

Diana – Dime que esto es una pesadilla y que voy a despertar...

Mauricio – Mejor tomárselo por el lado positivo...

Diana – ¿Ah, sí? ¿Y cuál es el lado positivo?

Mauricio – De otra forma, nunca habríamos pasado la noche con gente de Vallecas...

Diana – Veníamos para conocer a los lugareños de aquí, no a los suburbios populares de Madrid... ¿Cómo sabes que son de Vallecas?

Mauricio – No lo sé, lo dije así sin más.

Diana – Bueno, ¿qué hacemos?

Mauricio – Aparte de esperar...

Diana – ¡Ah, no, de ninguna manera paso una noche en esta casa con esos dos imbéciles! ¿Sabes cuál es tu problema, Mauricio? ¡Eres un blandengue!

Mauricio – ¿Tienes otra solución?

Diana – ¡No sé! ¡Mira en la maleta si tenemos el número de la agencia en Madrid!

Mauricio trae la maleta e intenta abrirla con una llave.

Mauricio – No puedo abrirla.

Diana – Déjame ver...

Ella también lo intenta sin éxito.

Mauricio – Parece que no es la llave correcta.

Diana (horrorizada) – Es la llave correcta... pero ¡no es la maleta correcta!

Mauricio – ¿Qué? ¡Pero es nuestra maleta Vuitton!

Diana – Esta es auténtica.

Mauricio – ¿La nuestra no era auténtica?

Diana – Debimos confundirnos al coger la maleta en la cinta transportadora del aeropuerto...

Mauricio – ¿Cómo pudimos equivocarnos?

Diana – ¡Tú cogiste la maleta! ¡Era demasiado pesada para mí! ¿No viste que esa era una auténtica?

Mauricio – ¡No sabía que la nuestra era falsa!

Diana – Además, le puse una cinta roja alrededor del asa para reconocerla...

Mauricio – ¡Todo el mundo pone una cinta roja para reconocer su maleta!

Diana – ¡Ahora no tenemos nada!

Mauricio – ¿Nada?

Diana – Solo la ropa sucia que llevamos puesta...

Mauricio – Al menos tenemos nuestros pasaportes... Nuestras tarjetas Visa... (Ella le lanza una mirada que lo dice todo) ¿No?

Diana – Después de pasar la aduana, metí la cartera con todos nuestros documentos en un bolsillo exterior de la maleta...

Mauricio – ¿Estás bromeando?

Diana – Me dijiste que no había ningún problema de seguridad en este país... Los buenos lados de cincuenta años de dictadura... Que incluso se pueden dejar las puertas abiertas...

Mauricio $- \xi Y$ entonces?

Diana – Pues resulta que nuestros papeles no están en el bolsillo exterior de esa maleta...

Mauricio – Eso significa que debí haber cogido la maleta correcta en la cinta transportadora...

Diana – ¿La cinta transportadora...?

Mauricio – Sí, bueno, la cinta del aeropuerto. Y el intercambio ocurrió después, en el hall del aeropuerto. Cuando te dejé sola con el equipaje mientras buscaba un taxi...

Diana – Ahora será culpa mía, ¿verdad?

Mauricio – Dime la verdad, Diana. ¿Dejaste esa maleta desatendida aunque fuera por un momento?

Diana – ¡No, te lo aseguro! Bueno... Fui al baño rápidamente... Una emergencia... Por supuesto, no pude entrar a la cabina con la maleta...

Mauricio – Ah, entiendo...

Pepe y Carmen vuelven para poner la mesa, con dos latas sobre dos platos y una botella de vino.

Pepe – ¿Por qué esas caras?

Mauricio – No es nuestra maleta.

Diana – Nos han robado la nuestra.

Carmen – Es curioso, nos dijeron que aquí no había problemas de seguridad.

Diana – Con todos nuestros cheques de viajero dentro...

Carmen – Cheques de viajero...

Pepe – ¿Todavía existen?

Diana – Ya no nos queda ni un céntimo...

Mauricio – Ni siquiera tenemos para comer...

Carmen – Bueno, ahora no tenéis otra opción.

Diana – ¿Otra opción?

Pepe – ¡Para nuestra invitación a cenar! ¡Cuscús! ¡Cuscús! ¿Vas poniendo dos cubiertos más, cariño?

Diana − ¿Qué es esto?

Pepe – Cuscús.

Mauricio – ¿En lata?

Carmen vuelve con dos platos y dos latas más.

Carmen – Nos dijeron que aquí era mejor desconfiar de los productos frescos...

Pepe – Por la diarrea del turista...

Carmen – Nuestro médico nos lo advirtió antes de irnos... Solo conservas...

Mauricio – Cuscús en lata... Bueno, sí, vaya...

Pepe – Sí, en lata, pero es de producción local...

Diana – ¿Se encuentra cuscús en lata en este país? Es realmente revolucionario...

Carmen – Ah, en este país, no lo sé...

Pepe – Para la exportación, al menos.

Carmen – Encontramos esto en Alcampo, allá en Vallecas...

Diana – Pues mira, Mauricio, tenías razón. Son de Vallecas.

Pepe – Y atención... jes cuscús de comercio justo!

Mauricio y Diana se quedan boquiabiertos.

Carmen – Creo que lo fabrican precisamente en este país.

Pepe – Lo pone en la lata. Fabricado por mujeres en una conserva que respeta los derechos humanos.

Diana – Tu manera de apoyar la primavera árabe...

Pepe (a Mauricio) – Es curioso, tu cara realmente me suena de algo...

Diana – Mientras tanto, no tenemos nada que ponernos.

Pepe – Ni siquiera un bañador para ir a la piscina.

Carmen – ¡Os prestaré uno si queréis! Aunque, no estoy segura de tener otro, de hecho... Preferimos no cargar mucho... Ya llevamos todas nuestras provisiones para la semana...

Diana – Genial... Un bañador para dos... Nos bañaremos por turnos... (*A Mauricio*) O todos en pelotas en la piscina con nuestros nuevos amigos... ¿Verdad, Mauricio?

Carmen – ¿Quieres que te preste un vestido?

Diana – No estoy segura de que tengamos exactamente la misma talla... Pero intentaremos abrir esa maleta. Tal vez encontremos algo para cambiarnos dentro...

Carmen – Bueno, pues os esperamos para comer el cuscús entonces...

Negro.

Acto 2

Mauricio y Diana regresan vestidos a la oriental: djellaba y babuchas para él, traje de bailarina del vientre para ella. Pepe y Carmen abren los ojos asombrados.

Carmen – ¡Eh! ¡No dijimos que era una noche de disfraces!

Pepe – En los clubs de vacaciones son los animadores los que proporcionan los disfraces. Aquí no hemos previsto nada...

Diana – No logramos abrir la maleta, pero encontramos esto en un armario...

Pepe – ¿Y decís que ya no tenéis pasaportes? Vestidos así, no os dejarán volver a Madrid.

Carmen – Pero vamos, jos queda muy bien!

Pepe – ¿Y qué tal si nos haces un número de danza del vientre al final de la cena, Diana?

Diana (*molestada*) – En tus sueños...

Carmen − ¿Os sirvo?

Carmen sirve colocando una lata de cuscús en cada plato.

Diana – Al menos, las porciones también son equitativas...

Mauricio – No parece tan malo.

Carmen – El hambre es el mejor de los condimentos. Eso siempre decía mi madre.

Comienzan a comer.

Pepe − ¿Un poco de vino?

Diana – Sin cola, para mí, por favor.

Pepe – Dime, Momo, ¿ves mucho mundo con tu trabajo?

Mauricio – Oh, ya sabes, no hay mucho que diferencie un campo de golf de otro. A veces solo varía el número de hoyos...

Carmen – Es curioso... ¿Cómo se llega a ser periodista para una revista de golf?

Pepe – ¿Eres un apasionado del golf?

Mauricio – El padre de mi esposa es el jefe del periódico.

Pepe – Ah, ya veo...

Diana − ¿Te interesa el golf?

Carmen – ¡Pepe, más bien el fútbol! ¿Verdad, cariño?

Diana – Supongo que tampoco te apasiona mucho la pintura animal... (*En aparte a Mauricio*) No va a ser fácil aguantar hasta los dulces...

Pepe sirve más vino.

Carmen – Es increíble esta historia de las maletas...

Pepe – Bueno, si me hubieran cambiado la mía por otra, no estoy seguro de que hubiera salido perdiendo...

Carmen -iY qué hay en la que recuperasteis?

Mauricio – Ya te he dicho, no pudimos abrirla.

Pepe – Ya veremos más tarde...

Carmen (animada) – Ninguna cerradura se resiste a Pepe. ¿Verdad, cariño?

Pepe – A ella le hace gracia porque nos conocimos en un club de citas...

Diana – Pensaba que os habíais conocido en el colegio.

Pepe – Ah, no, pero en el colegio todavía no salíamos juntos, fue solo después de eso...

Carmen – Cada chica tenía un candado, ya sabéis a lo que me refiero...

Pepe – Y cada chico tenía una llave. El objetivo era encontrar la cerradura correcta.

Carmen – Pepe no tenía la llave correcta, pero aún así logró abrir mi cerradura. Es muy manitas, ¿sabes?

Mauricio está un poco incómodo. Diana prefiere continuar con sus pensamientos.

Diana – Aunque no estoy segura de que sea correcto husmear en la maleta de alguien que no conocemos...

Carmen – Bueno, vamos a pasar al postre entonces.

Carmen se levanta.

Carmen – No, no, por favor quedaos sentados... ¿Me ayudas a recoger, cariño?

Pepe y Carmen salen.

Acto 3

Diana – Y si fueran ellos?

Mauricio – ¿Qué?

Diana – ¡La maleta! ¡Quizás fueron ellos los que nos robaron nuestra maleta!

Mauricio – Pero no hay nada valioso en nuestra maleta Vuitton. ¡Y además es falsa! ¿Por qué nos la habrían cambiado por una auténtica?

Diana − ¡No lo sé! ¡Para gastarnos una broma!

Mauricio – ¿De verdad crees que serían capaces de una broma tan sofisticada?

Diana – Voy a ver discretamente si nuestra maleta está en su habitación.

Mauricio – No sé si es buena idea...

Pepe y Carmen regresan y se cruzan con Diana saliendo.

Carmen – ¿Adónde vas? ¡Vamos a comer los lukums!

Diana – Solo voy a refrescarme un poco.

Pepe se ríe de nuevo al considerar sus trajes orientales.

Pepe – Entonces, ¡salam alukum, hermano Momo! Dicen que los árabes tienen dificultades para integrarse en nuestro país, pero vosotros, ¡campeones de la integración! Si no os dejan volver a España, solo os queda aprender el idioma del país y pedir asilo político aquí...

Mauricio trata de mantener la compostura. Diana sale.

Carmen – Deja de molestarle.

Pepe – ¡Hay que reír un poco, ¿no?! ¡Estamos de vacaciones! Es gracioso de todas formas... Es igualito a Momo.

Carmen – Mohamed Martin...

Pepe – Todos le tomaban el pelo con eso...

Carmen – Cuando se ponía a tartamudear.

Pepe – ¿Estás seguro de que nunca has vivido en Vallecas, Mauricio?

Mauricio (*tartamudeando*) – No, no, yo... Yo... Yo no cre... Creo que... De hecho, yo... Yo me llamo Mau... Yo me llamo Mauricio, os lo aseguro.

Pepe – ¿Momo, eres tú?

Carmen – No es verdad... Mohamed Martin... ¡Pero sí, es él!

Mauricio – Es que... Mi esposa no está al tanto... Nos conocimos en la universidad... Obtuve una beca y...

Pepe – Y ahora te llamas Mauricio...

Mauricio – Pedí cambiar mi nombre... Pero preferiría que todo esto quedara entre nosotros, ¿vale?

Carmen – Vale... Mauricio...

Diana regresa.

Diana – Y listo...

Carmen – ¿Me ayudas a recoger, cariño? Voy a preparar un poco de té de menta...

Salen intercambiando miradas cómplices.

Mauricio – Entonces...

Diana – Nuestras cosas no están en su habitación... Tienen dos maletas. Una llena de ropa y la otra llena de latas de cuscús...

Mauricio – No estaba tan malo, de hecho... para ser cuscús en lata.

Diana – Es sospechoso, ¿no?

Mauricio – ¿Qué?

Diana – Una maleta llena de latas de cuscús... ¿Quizás sean traficantes?

Mauricio – ¿Traficantes de cuscús en lata?

Diana – Y si esas latas contienen algo más...

Mauricio – Como qué?

Diana – No sé... droga...

Sus miradas se vuelven simultáneamente hacia Pepe y Carmen, que acaban de regresar.

Pepe – ¡Listo, la vajilla está hecha!

Diana – Sí... La ventaja de las conservas es que la vajilla se lava rápido.

Diana – Sobre todo cuando se come directamente de la lata.

Pepe – Pero eso no soluciona vuestro problema de maleta.

Mauricio – Por ahora, no veo qué podemos hacer...

Diana – Cuando descubra su error, la persona que se llevó nuestra maleta seguramente nos contactará...

Pepe – ¿Llevaba vuestra dirección la maleta?

Mauricio – Nuestra dirección en España, sí.

Diana – En Madrid.

Carmen – No os va a servir de mucho si el tío envía la maleta de vuelta a España...

Pepe – ¿Y en la maleta que tenéis hay alguna dirección? ¿Un número de teléfono?

Mauricio trae la maleta.

Mauricio - No...

Diana – ¿Quizás por dentro?

Mauricio – No tenemos la llave para abrirla.

Pepe – Eso no es un problema... (*Mirando divertido a Mauricio*) Eh, Alí Babá. (*Crochetea la maleta con un tenedo*r) ¡Ábrete, Sésamo! ¡Y listo!

Finalmente la maleta se abre. Consternación general.

Mauricio – ¿Qué es esto?

Pepe – Parecen billetes de banco...

Carmen – Que tanto temías no tener suficiente dinero para vuestra estancia...

Diana – En todo caso, no son euros.

Mauricio – Ni la moneda local...

Pepe – Es una escritura extraña.

Diana – Parece cirílico.

Pepe − ¿Qué es eso?

Mauricio – Deben ser rublos...

Diana – Oh, Dios mío...

Carmen – ¿Quién se va de vacaciones al Magreb con una maleta llena de rublos?

Diana – La mafia rusa.

Mauricio – Debe ser dinero sucio.

Pepe – Por eso el intercambio de maletas...

Diana – ¿Qué?

Pepe – Lo he visto en una película. ¡Nos han usado como mulas!

Diana – ¿Mul... mulas?

Carmen – No solo hay un burro llamado Martín...

Pepe – ¡Para pasar la aduana!

Mauricio – ¿Lo creéis?

Diana – Pero entonces, ¿qué vamos a hacer? Hay que deshacernos de ese dinero como sea...

Pepe – Sí, pero el problema es que esos tipos seguramente querrán recuperar su pasta... Normalmente, no tienen mucho sentido del humor...

Diana cierra precipitadamente la maleta.

Diana – Tenéis razón. Mejor hacemos como si nunca hubiéramos abierto esta maleta y no supiéramos nada.

Mauricio – ¿Y si el tipo que nos alquiló la casa estaba metido en esto?

Pepe – Es cierto que ya es raro que no lo hayamos visto aún, el dueño.

Diana – Y si forma parte de algún grupo terrorista islámico...

Pepe – ¿Qué harían los islamistas con una maleta llena de rublos?

Diana – Quizás estén financiados por los chechenos. También son musulmanes...

Carmen – ¡Joder! Si hubiéramos sabido que había chechenos por aquí, nunca habríamos venido... Me dijiste que solo había beduinos...

Pepe – Tranquila, cariño, es solo una posibilidad. (*A Diana*) ¿De verdad crees que podrían venir esta noche a degollarnos como a corderos?

Carmen (*llorando*) – Y pensar que vinimos aquí para unas vacaciones tranquilas... Tenías razón, Pepe, deberíamos habernos quedado en la Costa Brava...

Silencio.

Diana (a Mauricio) – ¿Y quién nos dice que no son ellos?

Carmen − ¿Nosotros?

Diana – Llegamos aquí y ya están ellos. ¡Y casualidad que tienen el mismo apellido que nosotros! No los conocemos, ¡puede ser que sean ellos los encargados de recuperar la maleta! ¡Puede ser que nos degüellen esta noche!

Mauricio – Son compatriotas, después de todo...

Diana – ¿Compatriotas? ¡Viven en Vallecas! Está lleno de mezquitas por allá.

Mauricio – ¿Has estado alguna vez en Vallecas?

Diana – Lo vi en un reportaje en la tele...

Pepe – Ay, señora, hay que calmarse un poco aquí.

Carmen – Los invitamos a comer cuscús con nosotros y nos tratan de islamistas...

Pepe – ¡Vosotros nos metisteis en este lío!

Carmen – Es verdad. ¡Nosotros no pedimos nada!

Pepe – Llegan a nuestra casa así, con aires de grandeza.

Carmen – ¡Y aquí estamos en la Guerra del Golfo!

Diana – ¿En su casa? ¡Pero si esto es nuestra casa! ¿Verdad, Mauricio? ¡Di algo, por favor!

Mauricio – Sí, bueno... No es momento para enojarse... Debemos mantenernos unidos...

Pepe – Sí, pues yo digo: ¡arreglaos vosotros solos! Vosotros os quedasteis con la maleta, ¿no? Nosotros no tenemos nada que ver con esto. Yo me voy a ocupar de mis asuntos. ¿Vienes, cariño? Pero vamos, en serio...

Pepe y Carmen salen. Mauricio y Diana se quedan ahí, bastante desconcertados.

Diana – Creo que sería mejor establecer turnos de guardia durante la noche...

Oscuro.

Acto 3

Mauricio y Diana, que claramente han pasado la noche en la terraza, se despiertan con el llamado a la oración del muecín.

Diana − ¿Seguimos vivos?

Mauricio – Creo que sí.

Diana $-\lambda Y$ la maleta sigue ahí?

Mauricio – Sí...

Otro llamado del muecín.

Diana – ¿Qué es eso?

Mauricio – El llamado a la oración...

Pausa.

Diana – Y si esto fuera un regalo del cielo...

Mauricio – ¿Qué?

Diana – Después de todo, si nadie reclama ese dinero en un año y un día... podríamos decir que ganamos la lotería.

Pausa.

Mauricio – ¿Cuál es el tipo de cambio del rublo...?

Diana – No sé, pero cuando tienes una maleta llena... seguramente tienes suficiente para vivir.

Mauricio – Pero aún así, tendríamos que poder llevar todos esos rublos de vuelta a España...

Diana – Podríamos usar las cajas de cuscús vacías...

Mauricio agarra una caja vacía que está tirada por ahí y la examina.

Mauricio – La fecha de caducidad está vencida... Debió estar en oferta. Por eso compraron todo un stock...

Diana – Esta historia no es común.

Mauricio - No...

Diana $-\lambda Y$ si fuera una trampa? Tipo cámara oculta, λ sabes? El tipo de programa donde engañan a famosos con historias imposibles.

Mauricio – Pero nosotros no somos famosos...

Diana – Habría que comprobar si no hay una cámara por aquí. (*Empieza a buscar*) O gente escondida que nos observa y se ríe de nosotros.

Ella escudriña la oscuridad hacia el lado del público, sin ver nada.

Mauricio – Eso querría decir que Pepe y Carmen son actores...

Diana − ¿Por qué no?

Mauricio – Créeme, tengo buenas razones para pensar que no es así...

Pepe y Carmen llegan, él en pijama y ella en bata.

Diana – Tienes razón... Ni los mejores actores podrían interpretar tan bien el papel de paletos...

Carmen – ¿Dormiste bien?

Diana – En realidad, no tanto.

Carmen parece animar a Pepe a decir algo.

Pepe – Bueno, perdón por anoche... Me dejé llevar un poco.

Carmen – Mi marido es un poco volátil...

Mauricio – No es nada, os lo aseguro...

Diana – Creo que voy a refrescarme un poco...

Mauricio – Yo también...

Carmen – He hecho café. ¿Os esperamos para el desayuno?

Mauricio y Diana sonríen y salen.

Pepe – Han dejado su maleta aquí...

Carmen – No es muy prudente...

Un momento de silencio.

Pepe – Lástima que sean los únicos que se beneficien de ese botín...

Carmen – Seguro...

Pepe – ¿Por qué no tendríamos derecho a nuestra parte también?

Carmen – Es cierto que nosotros lo necesitaríamos más...

Pepe – Es como la lotería... Siempre ganan los que menos lo necesitan.

Carmen – Los viejos, los ricos...

Pepe – O los que son tan pobres que no saben qué hacer con tanto dinero...

Carmen – Sí... Y lo gastan todo y acaban más pobres de lo que ya estaban...

Pepe – Yo sabría bien qué hacer con toda esa pasta, créeme...

Carmen – Sí, pero esa maleta es de ellos...

Pepe – ¿De ellos? ¡Ja! Les cayó del cielo, nada más. Y si a nosotros nos hubieran tomado como mulas...

Carmen – Tienes razón... No solo hay un burro llamado Martín...

Pepe – Seguro que hay una manera de...

Carmen – ¿De qué?

Mauricio y Diana vuelven.

Carmen − ¿Un poco de café?

Mauricio – Hemos pensado bien. Vamos a avisar a la policía y que ellos se encarguen. Es más seguro.

Pepe – Si yo fuera vosotros, no lo haría...

Diana − ¿Por qué?

Pepe – En este tipo de países, ya sabéis...

Diana – Es cierto que hace unas semanas por aquí, la policía todavía torturaba a los opositores al régimen...

Pepe – Imagina si llegan y os encuentran aquí vestidos como talibanes con vuestra maleta llena de rublos... Os van a tomar por miembros de Al Qaeda.

Mauricio – ¿Lo creéis...?

Pepe – Como mínimo, corréis el riesgo de pudrirse en la cárcel durante años antes de que alguien se moleste en ocuparse de vuestro caso.

Carmen – Un caso bastante enredado... Incluso yo no estoy segura de haber entendido todo...

Diana – ¡Deberíamos quemarlo todo! Si es dinero sucio...

Pepe – Pero si esos desgraciados vienen a reclamar su dinero...

Diana – Por ahora, nadie ha venido.

Pepe – Tal vez están esperando un momento más oportuno.

Carmen – Sí... ¿No es ramadán en estos días?

Mauricio – Entonces, ¿qué hacemos?

Pepe – ¿Esperamos un poco más, a ver si aparece el dueño?

Mauricio – ¿El dueño de la casa?

Pepe – ¡El dueño del dinero!

Carmen – ¡La mafia chechena!

Mauricio – Puede que tengas razón... ¿Qué opinas tú, Diana?

Diana – Sinceramente, ya no sé muy bien qué pensar.

Carmen – Bueno, voy a hacer más café.

Pepe – Deja, ya voy yo...

Carmen – ¿Estás seguro de que te las arreglarás?

Pepe – ¡Pero sí! Tú estás de vacaciones, después de todo. Descansa un poco, cariño...

Pepe se va. Los otros tres se quedan allí sumidos en sus pensamientos. Suena el teléfono de Carmen.

Carmen – ¿Hola? Sí, ahora te la paso... (*A Diana*) Es para ti. Un tipo con acento belga...

Diana – ¿Sí? (Su rostro se descompone) De acuerdo... No, no... Muy bien... Actuaremos según sus instrucciones...

Ella devuelve el móvil a Carmen, con el rostro desencajado. Mauricio y Carmen la miran interrogativamente.

Diana – Era ellos...

Carmen – ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Pepe regresa.

Pepe – ¿Cariño? No encuentro los filtros de café... (*Al ver las caras de los demás*) ¿Qué pasa?

Diana – Un tipo por teléfono con un acento extraño. Dice que tiene nuestra maleta...

Mauricio $-\lambda Y$ entonces?

Diana – Propone un intercambio...

Carmen − ¿Un intercambio de rehenes?

Diana − ¡Un intercambio de maletas!

Pepe – ¿Cómo así?

Diana – Hay que dejar la maleta en la terraza, entrar a la casa y el tipo vendrá a cambiar la verdadera por una falsa.

Carmen − ¿Una maleta falsa?

Diana – La nuestra.

Mauricio – Esto parece sacado de una mala película de espías...

Diana – Insistió en que no debe haber testigos.

Mauricio – ¿Pero por qué llamó al móvil de Carmen?

Carmen – No es la primera vez que nos confunden... Debe ser por la homofobia de nuevo...

Pepe – Creo que es mejor hacer lo que dicen... Esos tipos no suelen bromear, en general...

Diana – Sin testigos...

Carmen – Quizás nos maten a todos de todos modos. Después de recuperar la maleta. ¡Todo por tu culpa!

Mauricio – ¡Eh, nosotros no pedimos nada!

Carmen – Quizás nunca volvamos a ver Vallecas...

Pepe – No te preocupes, cariño. Si hacemos exactamente lo que nos piden, estoy seguro de que todo saldrá bien.

Carmen se abalanza sobre la botella de vino tinto.

Carmen – Creo que necesito un trago para calmarme un poco.

Diana hace lo mismo, sirviéndose una bebida.

Diana – Yo también...

Negro.

Acto 4

En la penumbra, un hombre con djellaba y capucha levantada llega cautelosamente a recoger la maleta. Carmen aparece por detrás y lo golpea con el parasol. El hombre cae. La luz vuelve.

Carmen – ¡Venid! ¡Venid! ¡Lo atrapé!

Mauricio y Diana llegan también. El hombre está inconsciente. Carmen le quita la capucha.

Carmen - ¡Pepe!

Diana – ¿Ves? ¿Qué te dije? ¡Eran ellos!

Mauricio – Entonces, ¿por qué su esposa lo golpearía?

Pepe recupera el conocimiento.

Pepe – Vale, lo admito... Solo quería recuperar la pasta...

Carmen – ¿Pero por qué no me dijiste nada?

Pepe – Tenía miedo de que no estuvieras de acuerdo...

Carmen – Pero vamos, Pepe... ¿Te hice mucho daño al menos?

Diana – El hijo de la gran puta.

Carmen – Eh, cuida tu lenguaje, guarrilla. Estás hablando de mi hombre, ¿eh?

Mauricio – Y ¿qué habríamos hecho nosotros si el tipo que llamó realmente hubiera venido a recuperar su dinero?

Pepe – Fui yo quien llamó.

Diana – Ah, vale...

Diana – Merecería que le dieras una buena paliza, ¿verdad Mauricio?

Pepe – Inténtalo, Momo.

Mauricio – Estamos entre personas civilizadas, ¿no? Y estamos en un país que apenas está recuperando la democracia. No vamos a recurrir a la violencia...

Pepe – Vale, pero igual queremos nuestra parte del tesoro.

Diana − ¿Qué parte?

Pepe – La mitad. O si no, lo cuento todo. ¿Verdad, Momo?

Diana – ¿Contar qué?

Mauricio – Te lo explicaré, cariño... Bueno... De acuerdo, vamos a hacer una división equitativa...

Carmen – Eso es. Como con el cuscús.

Mauricio abre la maleta y examinan de cerca los billetes.

Carmen – Pero no es cirílico, es griego.

Pepe – ¡Son dracmas!

Diana − ¿Cómo sabes eso?

Carmen − ¿Nos tomas por analfabetos o qué?

Pepe – Mis padres pasaron unas vacaciones en Grecia justo antes de cambiar al euro, trajeron algunos billetes. Lo recuerdo perfectamente. Mira, ¡hasta está el Coliseo dibujado!

Diana – Querrás decir el Partenón, supongo...

Carmen – ¿Pero qué harían unos mafiosos rusos en un país del Magreb con una maleta llena de dracmas?

Pepe – ¿Quizás sean billetes falsos?

Diana – ¿Quién sería tan tonto de falsificar dracmas décadas después de cambiar al euro?

Mauricio – ¡Tienen una maleta llena de cuscús enlatado caducado!

Diana – Quizás aún podamos cambiarlos por euros.

Carmen – No, desafortunadamente, no desde el primero de enero de 2012.

Mauricio – ¿Estás seguro?

Pepe – Mis padres mantuvieron los billetes durante algunos años, pensando que algún día volverían de vacaciones a Grecia. Cuando finalmente decidieron cambiarlos, era demasiado tarde. Así que nos los dieron.

Carmen – Durante años, en casa, usamos esos billetes para jugar al Monopoly. Por eso los conocemos tan bien.

Diana – Sí, pero ahora tenemos suficiente para comprar el Paseo del Prado.

Mauricio – Y pensar que casi nos matamos entre nosotros...

Suspiro general.

Carmen − ¿Todo esto por qué?

Pepe – Por dinero que ya no vale nada. (*Pepe sirve los vasos*) Vamos, ¡brindemos! Esto nos va a calmar.

Brindan.

Carmen – Como mi madre siempre decía: el dinero no da la felicidad.

Diana – No los dracmas, desde luego. Sobre todo cuando ya no se pueden cambiar...

Mauricio – Nadie vendrá a reclamar este dinero, es obvio.

Carmen – Todo está bien cuando termina bien.

Un momento.

Diana – Bueno, voy a llamar al consulado por la pérdida de nuestra maleta, a ver qué nos proponen.

Mauricio – Nos darán documentos provisionales para volver a España.

Diana – Y nos adelantarán algo de dinero.

Carmen – Si no, nosotros os prestaremos.

Pepe – Entre Madrileños, en el extranjero, hay que apoyarse. Mira, Momo, voy a empezar por darte ropa, no puedes quedarte vestido así... y yo tampoco.

Diana sale a llamar por teléfono, seguida de Pepe y Mauricio que van a cambiarse.

Carmen – Bueno, pues yo voy a hacer un poco de orden.

Carmen busca una frecuencia en la radio.

Locutor – Las preocupaciones se centran en la salida de Grecia de la zona euro, se ha convocado una reunión extraordinaria esta mañana para...

Carmen cambia de emisora y suena música oriental. Ordena un poco. Pepe y Mauricio vuelven. Pepe ha vuelto a su atuendo anterior, y Mauricio lleva una vestimenta similar a la de Pepe, muy de pueblo.

Carmen – Ah, os sienta muy bien.

Pepe − ¿Otro trago?

Mauricio – ¡Venga! (*Pepe llena los vasos*) Ahora falta decidir qué hacemos con la casa...

Pepe – Ahora que nos hemos conocido y apreciado... ¿por qué no pasamos las vacaciones juntos, eh Momo? Al fin y al cabo, somos amigos de la infancia, ¿no?

Diana regresa.

Diana – Ya está. Les he dejado nuestra dirección... (*Diana nota el cambio de ropa de Mauricio*) ¿Te has cambiado de ropa?

Carmen – Ah sí, le queda bien, ¿verdad? Se ve más joven así, ¿no?

Bajo el efecto del alcohol, Mauricio parece bastante desinhibido.

Mauricio – Pepe y Carmen nos proponen pasar las vacaciones juntos, ¿qué te parece, cariño...

Diana (*en voz baja*) – Escucha, Mauricio... Seguro que tenemos mucho que aprender de la gente de Villaverde, pero bueno...

Mauricio – Vallecas.

Diana – Sí, bueno, es lo mismo, ¿no?

Mauricio – ¡No es lo mismo, Diana!

Diana – ¿Cómo lo sabes tú?

Mauricio – Estudié en el Colegio Gagarin, con Pepe. Soy Momo, Diana. Y si no te gusta, te aguantas.

Diana – ¿Qué? ¿Pero de qué estás hablando?

Carmen – ¡Vaya confesión!

Mauricio – Estoy harto de mentir. Desde que te conocí, he hecho todo para encajar en la imagen que esperabas de mí. ¡Y sobre todo en la imagen que tus padres esperaban de mí! Pero ya estoy harto.

Diana – ¡Pero estás delirando!

Mauricio – ¡Incluso cambié mi nombre por ti!

Diana − ¿No te llamas Mauricio?

Mauricio – Me llamo Mohamed. ¡Vine aquí para encontrar mis raíces! ¡Para reconectar con mis ancestros!

Diana – Está borracho, eso es todo. Pero vamos, Mauricio, tus ancestros son los Iberos.

Mauricio – ¿Tengo sangre beduina en las venas, Diana? ¡Soy un hombre del desierto! ¡Un nómada! ¡No soporto más los campos de golf, entiendes?

Carmen – ¿Cuál es la diferencia entre un beduino y un musulmán?

Diana – No le haced caso, no está en su estado normal...

Mauricio – En el fondo sé que estoy destinado a vivir bajo la carpa, en medio de las arenas. No en un dúplex del Paseo del Prado.

Diana – ¡Perfecto! Pues la próxima vez iremos a pasar las vacaciones en un camping al bordo de una playa.

Mauricio – ¡Soy tuareg, Diana! ¡Y tú me has convertido en... un turista!

Carmen, bastante borracha también, cree conveniente intervenir para distender el ambiente.

Carmen − ¿Y si hacemos una barbacoa al mediodía?

Pepe – Ves que no es el momento, cariño... De verdad, a veces te falta un poco de psicología, ¿sabes?

Carmen – ¿Psicología? ¡Eso, llámame idiota también!

Pepe – Pero bueno, ¿qué te pasa, cariño?

Mauricio – Lo único que falta son las salchichas.

Diana − ¿Perdón?

Mauricio – ¡Para la barbacoa!

Diana – Ni siquiera tenemos papel para encenderla.

Mauricio (perdiendo los estribos) — ¡Tenemos los dracmas! ¡Malditos dracmas! ¡No los vamos a guardar para jugar al Monopoly!

Mauricio empieza a romper los billetes y tirarlos a la barbacoa.

Negro.

Acto 5

Mauricio, Diana, Pepe y Carmen regresan los cuatro de la piscina.

Pepe – Ah, qué refrescante.

Mauricio – Sí, clarifica las ideas...

Diana – Y el estómago... Esas salchichas estaban un poco grasientas, ¿no?

Mauricio – Ni siquiera sabía que existían las salchichas en lata.

Diana – Hay que reconocer que la piscina es magnífica.

Carmen – Bueno, nosotras vamos a cambiarnos, ¿vienes Diana? Te voy a pasar algo para vestirte, de todos modos. Tengo una idea clara de cuál podría ser tu estilo...

Las dos mujeres salen.

Pepe – Pero ¿cómo hiciste para ocultarle a tu mujer que eras musulmán, Momo? Según lo que vi, sigues circuncidado, ¿no?

Mauricio – Le dije que era judío no practicante... Y para que fuera creíble, ayuno en Yom Kipur una vez al año.

Pepe – Ah, sí, vaya...

Un momento.

Pepe − ¿Un digestivo?

Mauricio - ¡Vamos!

Pepe saca una botella de la nevera portátil y llena dos vasos. Brindan.

Mauricio – ¡Excelente! ¿Qué es esto?

Pepe – Ouzo. Tenemos mucho en casa. ¿Un poco de música?

Pepe enciende una radio. Tras buscar un rato una frecuencia audible, decide una estación. Música árabe. Después de un rato, Carmen y Diana regresan. Diana ahora está vestida en un estilo sexy y vulgar similar al de Carmen.

Pepe - ¡Ah, sí, os queda genial!

Diana – ¿Tú crees? ¿Qué te parece, cariño?

Mauricio está un poco desconcertado. La música se detiene.

Speaker – Interrumpimos este programa musical para una noticia de última hora. Ha tomado por sorpresa a todos los analistas económicos. El dracma ha vuelto a ser la moneda oficial de Grecia desde esta mañana, tras su salida del euro. Mantendremos informados sobre las consecuencias de esta decisión. Pero si tienen dracmas olvidados en un cajón o una maleta, es momento de sacarlos...

Mauricio – Nosotros quemamos los nuestros para encender la barbacoa...

Speaker – Y ahora, un poco de música clásica, en este día de luto para Europa...

Todos miran hacia la barbacoa que sigue humeando. El móvil de Diana empieza a sonar. Mauricio apaga la radio.

Diana – Sí... ¿Sí? De acuerdo... Muy bien...

Guarda el móvil. Los otros tres están pendientes de lo que dice.

Diana – Alguien del consulado va a venir personalmente a entregarnos nuestro pasaporte provisional...

Mauricio – Y... ¿qué más?

Diana – Y a recoger la maleta Vuitton. La han estado buscando por todos lados desde esta mañana...

Mauricio – ¿El consulado?

Diana – Es la maleta de un diplomático español que está de vacaciones aquí.

Mauricio – ¿Aquí? ¿No será porque estaba en oferta, verdad?

Diana – Ha sido invitado a su palacio por el exministro de Justicia del dictador derrocado. Ha venido a apoyar su candidatura presidencial...

Pepe – ¿Con una maleta llena de dracmas?

Diana – Después de todo, fueron los griegos quienes inventaron la democracia.

Mauricio – Pero fueron los españoles quienes inventaron el financiamiento oculto de las campañas electorales, que le da el encanto a nuestra democracia. ¿Han dicho algo más?

Diana – Han dejado claro que no abramos la maleta. Es una Vuitton diplomática.

Se escucha el sonido de una sirena de policía a lo lejos.

Mauricio – Creo que estamos en problemas...

Pepe – Y ni siquiera tenemos un coche para salir corriendo.

Mauricio – A menos que montemos esos camellos que están allá y desaparezcamos en el desierto.

Diana – Tú que querías despertar al Tuareg que llevas dentro, este es el momento.

El móvil de Carmen suena. Ella contesta.

Carmen – ¿Hola, sí? (*Poniendo su mano frente al auricular*) Es el dueño de la casa. Pregunta si nuestras vacaciones van bien. ¿Qué le digo?

Se escucha el sonido de una sirena de policía cercana.

Negro. Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz Cuidado frágil El Joker

El Último Cartucho

Ella y El

Encuentro en el andén

EuroStar

La Corda

La ventana de enfrente

Los Náufragos del Costa Mucho

Ni siquiera muerto

Nochevieja en la morgue

Preliminares

Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes

Crash Zone

Cuidado frágil

El Contrato

Ménage à 3

Plagio

Por debajo de la mesa

Un breve instante de eternidad

Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas

Apenas un instante antes del fin del mundo

Cama y Desayuno

Patis y Castigo

Cuarentena

Cuatro Estrellas

Denominación de Origen no Controlada

Después de nosotros el diluvio

El contracto

El cuco

El olor del dinero

El yerno ideal

Foto de Familia

Gay friendly

¿Hay algún autor en la sala?

¿Hay algún critico en la sala?

Las Pirámides

Regreso a la escena

Strip Póker

Un Ataúd para Dos

Un Matrimonio de cada dos

Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza

Patis y Castigo

El Rey de los Idiotas

El Sorteo del Presidente

Flagrante delirio

Nochebuena en la comisaría

Pronóstico Reservado

Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto

Bar Manolo

Batas blancas y humor negro

¡Bienvenidos a bordo!

Como una película de Navidad...

Crisis y Castigo

Dedicatoria especial

El infierno son los vecinos

El pueblo más cutre de España

El Sorteo del Presidente

Error de la funeraria a tu favor

Jaque Mate

La función no está cancelada

Los Flamencos

Había una vez un barco chiquitito

Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Nochebuena en la comisaría

Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto

Aviso de paso

Breves del Tiempo Perdido

¡Demasiado es demasiado!

Ella y El, Monólogo Interactivo

Escenas callejeras

Memorias de una maleta

Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire Happy Dogs

